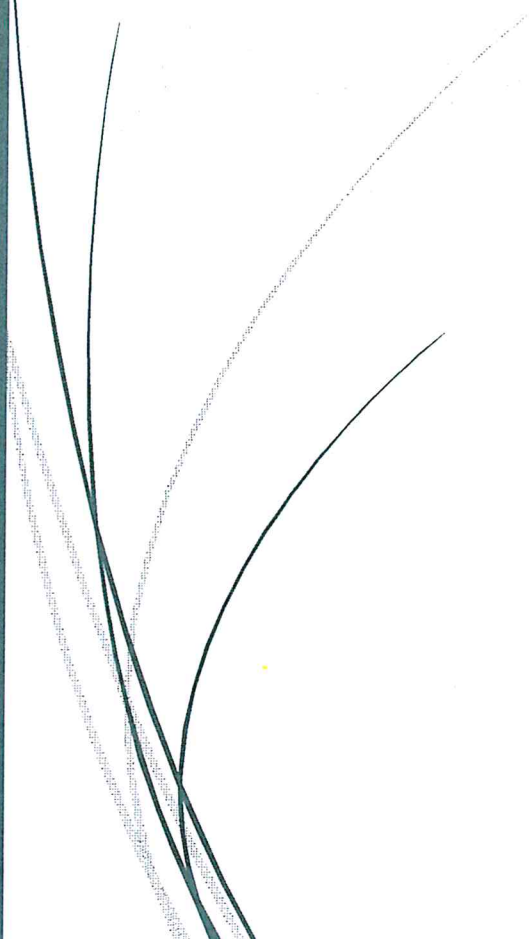


PARTICIPANTE: RELATO
FLAMENCO 6

TÍTULO: La escalera al
duende

SEUDÓNIMO: Elegancia

CATEGORÍA: Relatos flamencos



Relato: La escalera al duende

Pseudónimo: Elegancia

Sin duda, hay muchas particularidades de la mente humana que no conocemos. Misterios y poderes que toda nuestra ciencia y nuestra evolución aún no han sido capaces de descifrar. Yo nunca había creído en esos casos dignos de fenómenos extraños que salían en la televisión o en los libros de parapsicología. Que una niña se había dado un golpe en la cabeza y de repente se había levantado de la noche a la mañana hablando alemán, o que un joven indonesio había entrado en coma y al despertar conocía secretos de estado del gobierno de Estados Unidos aun sin haber estado en contacto con nadie. Me parecían disparates, historias para no dormir. Sin embargo, ahora creo que ha de haber en nuestra psique alguna especie de conexión a una realidad más profunda, una suerte de limbo de las mentes, o que nuestros conocimientos, nuestras identidades y nuestros pensamientos se pueden comunicar los unos con los otros. Al fin y al cabo, todo eso debe de tener algún sustrato físico, alguna correspondencia material, o al menos ser un intercambio de energía, ¿no?

Más que nada, lo creo así porque lo viví en mis carnes.

Yo iba para abogado, estudiaba un máster en Derecho Internacional antes de que todo aquello ocurriera. No me atraía la música para nada, apenas me enteraba de los temas que se ponían de moda cuando los escuchaba en la radio o en los anuncios, y la única vez que daba espacio a la música por mi propia voluntad era borracho en la discoteca, porque era lo que hacía la gente, y punto, no porque tuviera ningún interés. Hasta que, un buen día, me caí de boca por las escaleras en el metro, de vuelta a casa. Di una mala pisada y llevaba las manos cargadas de libros y no pude detener mi caída, me pegué un buen golpe

con el borde de un escalón y luego caí rodando hasta que me quedé tendido en el suelo. Me desperté en el hospital, sin recordar nada de lo sucedido. La cosa no tuvo más trascendencia, no había sido nada grave y pude marcharme a casa, me harían una radiografía y una resonancia magnética para ver si había habido algún daño, pero no creían que hubiese problemas. Me olvidé de aquello y seguí con mi vida.

Hasta que, hablando con mi pareja, con la que cruzaba el Parque de El Retiro en medio de un paseo, la sorprendí parándome a observar a un cuadro flamenco tocando y bailando en la calle. Eran guitarrista, cantaor, bailaora y percusionista. Ella se extrañó de que les escuchase con tanta atención, y al poco rato hizo amago de seguir andando, y yo le dije:

- Espera a que acabe la falseta.

¿La falseta? ¿Y cómo diablos sabía yo que el solo que hacía el guitarrista se llamaba “falseta”? ¿Por qué de buenas a primeras sabía que no estaba improvisando, que las falsetas son solos ya compuestos y que cada guitarrista tiene los suyos? ¿Por qué conocía los códigos del baile, y entendía la entrada del cante, la llamada, la escobilla, todo? Algo en mí se había despertado, se me había abierto una puerta hacia algo desconocido, tremendamente maravilloso, y no tenía ni idea de cómo había ocurrido, pero el caso es que sabía flamenco. Conocía al dedillo todo el entorno; los palos, los compases, los nombres de cantaores y de guitarristas, los estilos de cada uno. Sabía distinguir qué tipo de cante o de toque era el de cada uno, si uno cantaba bien o mal, si un baile era improvisado y montado.

Es más, sabía bailar.

En ese mismo momento me arranqué con una pataíta por bulerías, en medio del Retiro. Llamé al cantaor y le pedí una letra, y luego otra, y otra, y fui el dueño de aquel escenario callejero en medio de la estupefacción de mi novia boquiabierta.

- ¿Desde cuándo sabes hacer eso? - quiso saber.

- Desde que me caí por las escaleras y me golpeé en la cabeza el otro día. - no supo si bromeaba o si estaba volviéndome loco o qué, pero lo que estaba claro es que no me creyó.

Igual que no me creyó nadie cuando gané el Premio Desplante del Festival de las Minas de la Unión, el mayor galardón que se le pueda conceder a un bailar flamenco. Nadie me conocía de nada, no había bailado en ningún tablao ni actuado con ningún guitarrista o cantaor, literalmente había salido de la nada. Y todos los periodistas me preguntaban si en mi familia se habían dedicado al flamenco, cómo es que yo bailaba así si no se me había visto en un circuito, o qué diantres era lo que pasaba conmigo, que no me conocía nadie y era el que mejor bailaba de todos.

Y yo les decía:

- Me caí por las escaleras, me di en la cabeza y al día siguiente sabía bailar flamenco como si me hubiera tirado toda la vida practicando.

Y todos pensaban que era el típico artista que no quería revelar sus secretos, que iba de que “con el duende se nace, y no se aprende” y que no quería contarle a nadie lo que sabía, o que quería hacerme el excéntrico y el interesante. Pero a nadie, desde luego, se le ocurrió que lo que yo estaba diciendo era la más absoluta verdad. Y no les culpo, ¿por qué iban a creerme? Para bailar así se necesitaban años y años de aprendizaje, entender y asimilar los complejos ritmos del flamenco, aprender a distinguir unos palos de otros, después armar una secuencia de pasos, montar tus bailes... y luego juntarse con

unos y con otros, adquirir algo de la personalidad de este o de aquel, desenvolverse en la improvisación, controlar tanto lo que se hace como para dejarse llevar... Lo que ocurría era que yo, en realidad, no tenía ni idea de nada de eso, solamente bailaba. Escuchaba y ya sabía lo que estaba pasando, lo que iban a hacer el cantaor o el guitarrista y salía al escenario a bailar y establecía una perfecta comunicación flamenca con todos. Para eso hacen falta miles de horas de experiencia, y yo lo tenía asimilado como el que tenía asimilado andar o respirar. Era como esos flamencos que ni recuerdan cómo han aprendido todo, ni cuentan los pulsos ni piensan los remates, lo hacen simplemente porque de niños se pusieron a repetir lo que oían y al final lo pillaron todo y hace tanto tiempo que ni saben cómo. Era como todos ellos, pero yo sí que no sabía cómo había aprendido nada. Es más, ni siquiera lo había aprendido. Más de una vez me quisieron contratar para dar un curso o se me acercó algún joven bailaor para que fuera su profesor. Yo les decía que no, que no sabía enseñar, que todo lo hacía con la intuición y no sabía transmitirlo... pero es que ni eso. La verdad es que no tenía ni la más remota idea de lo que hacía, sólo lo hacía porque me había dado un golpe en la cabeza y me había caído por las escaleras. Aquellas escaleras me habían dirigido directo al duende, no cabía duda.

Fui feliz en aquellos años, muy feliz. Dejé la abogacía por completo, las leyes, las cuentas y los números, y me llené de arte y de alegría y de aventuras y experimenté sensaciones que jamás habría soñado con experimentar. No sabía por qué había sido bendecido con el don, pero tuve claro desde que lo sentí que yo debía haber nacido para eso. Habría quien se ilusionase con el Derecho y quien lo considerase una vocación auténtica; yo lo hacía sólo por ganarme la vida. Era el flamenco lo que me hacía feliz. Ese vértigo, ese no saber lo que va a pasar, subirme a un escenario y ponerme a hacer justa y exactamente lo que quisiera, que me siguieran el cantaor y el guitarrista y yo seguirles a

ellos, era maravilloso. Era pura rabia y puro fuego e incertidumbre y emoción, y se me subía la adrenalina hasta niveles insospechados cada vez que me ponía a bailar delante del público. Yo creía que era un tipo civilizado, un hombre de leyes, un buen chico. Sin embargo, me había vuelto una bestia, un torrente salvaje y un creador de emociones y sentimientos. Y una vez que viví algo así, me di cuenta de que ya no podría vivir de otra manera.

Todo iba muy bien, claro, hasta que el duende se fue. El duende es caprichoso y voluble y a veces está y a veces no, y por eso conviene dominarle con algunas otras cualidades, como los conocimientos, la técnica o la experiencia. Yo era el más puro y absoluto duende, porque no tenía conocimiento de nada de lo que hacía, la técnica no la controlaba, sino que la ejecutaba inconscientemente, y no contaba con ninguna experiencia real. Sabía bailar, pero *no sabía por qué sabía bailar*, y eso a veces también es importante. Para dar clase, para crear nuevas estructuras o para romper las leyes, es bueno también conocer lo que se hace. Los que más han destacado en cualquier arte se han desenvuelto siempre bien en ese delicado equilibrio que es el duende y la matemática, el talento y la sabiduría. Yo no tenía nada de sabiduría, mi duende era tan ajeno a mí que ni sabía por qué lo tenía, y así ocurrió que, cuando se fue, me dejó tirado en medio del escenario y no pude siquiera seguir moviéndome. Los que tienen una noche mala y no les acompaña el talento en ese instante pueden compensarlo con oficio y con tablas. Yo no podía porque, bueno, ya saben cómo había aprendido flamenco. Se me fue el mismo aire que me vino y se acabó todo. Se me había olvidado completamente. No sabía lo que era un compás, ni podía distinguir una bulería de una siguriya, ni hacer un marcaje sencillo con los brazos, ni nada. El duende, definitivamente, se había esfumado.

Intenté recuperarlo en los siguientes meses. Escuché flamenco todos los días, fui a los conciertos y a las fiestas, no bailé argumentando que me había lesionado, fingí dar palmas sin hacer ningún sonido con las manos, e intenté que otra vez se me metiera el arte en el cuerpo como por arte de magia, pero no surtió efecto. El flamenco volvió a resultarme una maraña incomprensible de ruidos, de gritos y de taconazos, se me antojó una música de lo más extraña y no entendí cómo había podido disfrutar tanto con ella.

Y, sin embargo, recordaba perfectamente lo que la había disfrutado. Que me había hecho sentir vivo y enérgico y lleno como nunca me había sentido hasta que bailé por primera vez. Los aficionados y los profesionales decían: “es que el flamenco no lo disfrutas si no lo entiendes, no es lo mismo escucharlo de primeras que haber aprendido y estar comprendiéndolo”, y yo asentía, muy seguro de mí mismo, como si yo sí lo entendiera, y, bueno, en cierto modo lo entendía, mi oído y mi cuerpo lo entendían, pero nada más, por lo demás era un impostor, un farsante que se había dado un golpe en la cabeza y bailaba mejor que todos, pero que, por lo visto, estaba condenado a perder ese don tan rápido como lo ganó.

Cuando más lo amaba, lo perdí todo. Suele ocurrir. Por fin estaba entendiendo eso a lo que llaman “pasar fatigas”. Se refieren más al dinero o a las condiciones de vida, a pasar hambre o a no tener calefacción. A mí, en cambio, lo que me ocurría era que estaba entrando en una crisis existencial de lo más incómoda. ¿Debía volver al Derecho? Se me daba bien. Ya no me llenaba, pero se me daba bien. El caso es que el flamenco también se me daba bien. De hecho, era el mejor por aquel entonces. Había ido de gira por todo el mundo e impresionado a crítica y público. ¿Sería que tenía un talento natural, liberado por aquel golpe, pero que efectivamente existía? ¿Me había conectado al futuro tras el

golpe, había abierto una especie de portal que desplegara todo mi potencial y que luego se había cerrado? Decidí comprobarlo.

A día de hoy, llevo un año dando clases de flamenco. Hago los marcajes y los pasos básicos, y voy manejándome con los compases. No sabía que los ritmos eran tan complicados. Un, dos, *tres*, cuatro, cinco, *seis*, siete, *ocho*, nueve, *diez*, un, *dos*. Nunca lo habría dicho. Es decir, nunca hasta antes de haber bailado las primeras veces, cuando, por los comentarios que oía, entendí que los pulsos iban de una manera muy rara. Por eso cuando no sabía nada, antes del golpe, el flamenco me parecía un revoltijo de ruidos incomprensibles, no le veía el sentido. Ahora que empezaba a verle el sentido, empezaba a disfrutarlo también. Esas cosas son a las que se refieren los que dicen que “tienes que entender el flamenco para disfrutarlo”. No todo es duende, claro. De hecho, a mí no me parecía que yo tuviera duende. Estaba empezando casi con treinta años y parecía que sí, que aprendía rápido, que se me podía dar bien. Pero me frustraba cuando no me salían las cosas, me tiraba casi una hora intentando algo que a otro le podía salir en cinco minutos, y no me parecía que yo pudiera ser la misma persona que ese tipo que había ganado el Desplante de las Minas, sencillamente, no me veía capaz. ¿Y si el golpe no había revelado mi verdadera naturaleza, sino que me había conectado a algún otro ser, a algo ajeno a mí? Entonces yo no tendría talento. Estaría perdiendo el tiempo, si era así. ¿Y si yo no valía?

Me invadían los complejos y las inseguridades, como a cualquier otro mortal. Empecé a envidiar con todas mis fuerzas a todos aquellos que habían mamado el flamenco desde pequeños, a esos que lo sabían hacer como el que sabe caminar o vestirse o leer o escribir. A los guitarristas que ni siquiera sabían por qué les ponían unos tonos a unos cantes o a otros, a los cantaores que intuían cuándo entrar en el baile sin planteárselo, a los bailaores que hacían lo que querían cuando se daban una pataíta. Eran como era yo

antes, no sabían ni lo que hacían, pero a la vez si lo sabían. Tenían esa facilidad tremenda y esa historia vital que les llevó a sacarla desde la niñez. Su escalera hacia el duende era casi una rampa, era fácil y divertida de subir. Había otros para los que los escalones, en cambio, eran muchos y empinados. Los que, como yo después de perder mi duende, o como todos esos extranjeros que venían a España sin saber nada de este arte, o como los músicos de otras disciplinas que trataban de aprender, se podían tirar meses intentando distinguir un estilo de siguiriya de otro, pues todos les parecían iguales. Esa distinción lleva años, es como un idioma. Cuanto antes lo aprendas, más se te asentará y más lo dominarás. Los niños portugueses de seis años hablarán mejor portugués del que hablaría yo nunca, por mucho que me pusiera ocho, nueve o diez horas al día. ¿Significa eso que yo nunca podré hablar portugués bien? ¿Que no merezco hablar portugués?

¿Que no valgo para el flamenco?

No, seguro que no. Si el flamenco me hizo sentir aquello, podrá hacerme volver a sentirlo. Yo no sé si podré adelantar a toda esa gente que ha respirado flamenco desde la cuna, a los que tienen algo en su naturaleza, esa espontaneidad y esa rabia, y ese oído y ese nervio, y que encima lo trabajan, no sé siquiera si les igualaré. O si mi tesón y mi energía compensarán esa falta de rodaje que he tenido y podré tener otras cualidades. A lo mejor mis experiencias fuera del flamenco hacen que lo mire de otra manera, que yo aporte algo que los demás no. No lo sé. En realidad no tengo ni idea. Sólo aprendo lo que me enseñan y sigo insistiendo. No sé si llegaré al nivel que tuve en aquellos años mágicos. No sé si seré mejor o peor que otros, si tendré algo que merezca la pena. Lo único que sé es que el flamenco ya me está empezando a hacer sentir así, libre, feroz, independiente y capaz de mejorar en mis propias competencias, y que cada mañana me levanto sabiendo

que puedo ser mejor y saber más y disfrutar más, y eso no lo cambio por nada. ¿Valdré para bailar? Esa no es la pregunta.

¿Bailar me hace feliz?

Desde luego.

¿Puedo hacerlo?

Sin duda.

No hay vuelta atrás. Me he metido de lleno en esto. O, más bien, esto se ha metido de lleno en mí. Y ya no quiero que salga. Voy a seguir montando los pasos de la academia.

Mi primer baile por alegrías.

Estoy deseando que me salga frente al espejo.